

EL PASADO

Testimonio de Marcelino Arce

El escenario: Vivienda familiar. Clase media. Una ciudad de 120 mil habitantes de Castilla León.

Los personajes: marido y mujer de 30 y 24 años y un niño rubio de dos años. Matrimonio con la idea de tener sus hijos pronto, en los primeros años de convivencia para aprovechar sus energías juveniles en la atención a sus hijos y luego, a partir de los 50-55 años, disfrutar de la madurez.

Enero de 1973. Nace nuestro segundo hijo. Pesa tres kilos cuatrocientos gramos y es una hermosura. Todo lo previsto y todo perfecto. Pasa un mes y todo sigue perfecto. La visita al médico lo corrobora. Pasan dos y tres meses y el niño parece que duerme demasiado. "Bueno será normal". Pero la inquietud se instala en el alma. Visitamos al médico y todo va bien.

Cuatro, cinco, seis meses y su comportamiento no evoluciona. No es como el otro de dos años. La inquietud crece. Volvemos al médico y todo sigue yendo bien. Los abuelos, que hasta ahora no han dicho nada también muestran su desasosiego. "Este niño sigue demasiado dormido y tiene un poco de estrabismo".

- "Que no, -dicen el padre y la madre (que también lo habían observado)-, que no todos los niños son iguales".

Pero, se van los abuelos y hablamos una vez más de nuestro niño. Y es curioso, si uno dice que no es nada, el otro muestra su preocupación, como si fuese un recurso de protección o ánimo.

A pesar de esto, vuelven a llevar a su hijo al pediatra y, en ese momento, a los siete meses, el médico después de un reconocimiento dictamina: "Parece que se le observa un cierto retraso".

- "Oiga, pero un cierto retraso, de qué?" dice la madre nerviosa.

- "Bueno, pues es muy pronto para determinarlo" dice el médico. "Le haremos unas pruebas".

La madre se pone más nerviosa aún y el padre trata de calmarla, aunque su situación no sea mejor. Parece que el instinto de supervivencia o de estabilidad de la pareja exige que cuando uno está a punto de derrumbarse el otro tiene que actuar de apoyo al edificio.

La realidad es que, a los ocho meses, aquella ilusión, aquellos proyectos de futuro son solamente una herida abierta en el alma de unos padres sobrecogidos y estupefactos, impotentes. Uno llora y el otro, incrédulo, le consuela con la estupidez de "ya verás cómo no es nada".

En fin, la siguiente escena sería el peregrinar por las consultas de los distintos especialistas, pediatras, neurólogos, etc. Unas veces es parálisis cerebral, otras veces un Lenox y otras...yo qué sé...

Si todas las circunstancias y acciones van confirmando nuestra vida, ésta nos la marca ya para siempre.

Buscamos el apoyo de la asociación provincial donde el niño va a tener un centro al que asistir, unos compañeros con los que convivir y aprenderá en situaciones adaptadas a sus necesidades.

El matrimonio se vuelca en la defensa de la asociación, en la defensa de ese hijo y está con todos los que están en esa situación. Ilusionados, y a la vez temerosos, con sus nuevos objetivos.

Van pasando algunos años. La vida sigue. Son los años de "si por lo menos anduviera", "si por lo menos hablara", si por lo menos..., si por lo menos..., si por...

El marido hace su trabajo y dedica el resto del tiempo a la asociación. Esto implica que disfruta muy poco de sus hijos ¡Cuánto hemos perdido los hombres en este aspecto!

La mujer dejó de trabajar en la empresa donde lo hacía. Tenía que dedicarse exclusivamente a la casa.

Muchas veces recordamos y nos sonreímos de aquel proyecto. Queríamos tener dos hijos pronto para que cuando llegáramos a la madurez estuvieran "hechos unos mozos". Ya son mozos, es verdad, pero uno sigue siendo nuestro niño, y para siempre.

Y su hermano, ¿qué ha pintado en esta historia? Pues creemos verdaderamente que también su papel ha sido importante. Nunca le ha dedicado mucho tiempo, pero tampoco se lo ha negado cuando se lo reclamaba. Siempre lo ha hecho con toda naturalidad. Es su hermano pequeño que le va a necesitar siempre, de una y otra forma. Para el pequeño, su hermano mayor es su ídolo.

Y éste es nuestro testimonio.

